ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

PALABRAS SUELTAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

3

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
2232

PALABRAS SUELTAS.

PALABRAS SUELTAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

Estrenada en el Teatro Español en 16 de Abril de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR	D.ª Elisa Boldun.
DOÑA VIRTUDES	D.ª Balbina Valverde.
DON TADEO	D. Antonio Pizarroso.
JULIAN	D. Leopoldo Buron.
MIGUEL	D. Alfredo Maza.

La accion en Madrid.—Época corriente.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SEÑORA

DOÑA BLANCA DE OLARRÍA Y SERRANO.

Silbada ó aplaudida, esta comedia ha de ser la más estimada de mi corazon; por eso te la dedico á tí, esposa de mi alma, dulce encanto de mi existencia, en quien cifro todas mis esperanzas y todas mis ilusiones.

Si Dios, como deseo, me separa ántes que á tí de la vida mortal, este recuerdo de mi cariño sea un nuevo lazo de union entre los dos; sea la página más elocuente de la historia pura de nuestros amores.

Acéptala, Blanca mia, como testimonio del amor que te profesa tu marido,

Paco.

723181

Digitized by the Internet Archive
in 2021 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/palabrassueltasc00prez

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, sentado, leyendo, á poco PILAR.

JULIAN. «De cómo el fiero triunviro,
el invicto general,
el asombro de la tierra
y el espanto de la mar,
se hizo pescador de caña
en la region oriental.»
Vean ustedes adónde
conduce el amor!
PILAR. (Dentro.) Julian!
JULIAN. Vean ustedes qué fuerza
tiene esa bella mitad,
que hace cargar á los genios
con la caña de pescar.
PILAR. Julian!
JULIAN. Feliz Cleopatra!
PILAR. Prosiga usted, don Julian.
JULIAN. Calla! eres tú, cielo mio?
Estaba aquí...
PILAR. Sí, ya, ya;
evocabas el recuerdo

de la asiática beldad
que volvió tarumba al pobre
Marco Antonio. Já, já, já.
Muy bonito... muy bonito!
Vamos, prosigue.

JULIAN. No tal.

PILAR. Prosigue. «Oh feliz Cleopatra!»
—Muy bonito!

JULIAN. Es la verdad;
aquella esclava de un hombre
más duro que el pedernal,
ha venido á demostrarnos
que una lágrima fugaz,
una mirada, una súplica,
un suspiro, valen más
que todo el bélico alarde
que ostenta la humanidad.
Oh, la mujer!...

PILAR. La mujer
es la paloma torcaz,
cuyos amantes arrullos
apaga la tempestad.
Al resonar vuestro acento
poderoso, dónde van
nuestros débiles suspiros?...

JULIAN. Dice un adagio vulgar
que á la mujer la hace fuerte
su propia debilidad.

PILAR. Palabras!

JULIAN. Si no á la prueba:
qué es de este pobre mortal
cuando se mira en tus ojos,
que envidia la luz solar?
Qué es de este pobre marido
al sentir la suavidad
de tu aliento perfumado
por un amor ideal?
Responde.

PILAR. Burlon!

JULIAN. Qué queda
de toda mi seriedad?

PILAR. Si tú eres bueno, muy bueno.

JULIAN. Mucho.
PILAR. Y si no fueses tan...
lo digo?... tan celosillo...
JULIAN. Quién habló?... Já, já, já, já!
Pues si dejas en mantillas
al mismo Otelo.
PILAR. No tal.
JULIAN. Vaya!
PILAR. Y bien, todo eso prueba
nuestro amor.
JULIAN. Es la verdad.
Y ademas que tu belleza
á quién no da celos?
PILAR. (Ruborizada.) Bah!
JULIAN. (Abrazándola.)
No lo dudes, mujercita,
tú vales más, mucho más
que Cleopatra.
PILAR. Te burlas?
JULIAN. Aquella logró reinar
en el pecho del romano
con el ciego amor sensual.
Tú reinas aquí, bien mio,
por la virtud.
PILAR. Claro está;
soy egoista.
JULIAN. No entiendo.
PILAR. Pues es fácil de explicar;
soy ambiciosa y ansío
la eterna felicidad:
reinando virtuosamente
no se desciende jamás.
JULIAN. Bendita tu boca!
PILAR. Loco.
JULIAN. Es que te quiero abrazar
una, dos, tres, cuatro, cinco,
cien veces, mil.
PILAR. Basta ya.
JULIAN. Pilar mia!
PILAR. Que me ahogas!
JULIAN. Bendita seas, Pilar!

ESCENA II.

DICHOS, D. TADEO, MIGUEL.

TADEO. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amen.
PILAR. Ay, que es el tio!
TADEO. (Á Miguel.) Ahí los tienes.
Míralos... Es por demas!
JULIAN. Pase el señor don Tadeo.
TADEO. No se puede tolerar
vuestra dicha; es un insulto
que haceis á la sociedad.
MIGUEL. Salud, mansion venturosa!
PILAR. No te empieces á burlar.
TADEO. Deja que en santo deliquio
goce esta pareja en paz.
(Si supieran lo amagada
que está su felicidad!) (Sentándose.)
Y bien: ya veis cómo soy
á vuestra cita puntual.
MIGUEL. Y yo tambien.
JULIAN. Doy á ustedes
las más expresivas...
TADEO. Bah!
fuera cumplidos y vamos
á esto otro, que importa más.
Sepamos de qué se trata.
JULIAN. Se trata de celebrar
el primer aniversario
de nuestra boda.
TADEO. Oh!
MIGUEL. Ah!
TADEO. Es decir que hay gran comida?
Nada, aceptamos; verdad?
MIGUEL. Qué cosas dice mi padre!
Quién diablos no aceptará
un banquete preparado
por las manos de Pilar?
TADEO. Será cosa de chuparse
los dedos de gusto.

MIGUEL. Habrá
mayonesa de langosta.
PILAR. No por cierto.
TADEO. Y *vol-au-vent.*
JULIAN. Y otras cosas que se callan.
PILAR. Parlanchin!
TADEO. Si ya me da
el olorcillo!
MIGUEL. Presumo
que hay preparado un *champagne frappé.*
JULIAN. Y *Burdeos.*
TADEO. *Burdeos*!
MIGUEL. *Burdeos*!
PILAR. Qué charlatan!
Van ustedes á llevarse
chasco.
TADEO. Chasco!
PILAR. No hay más.
MIGUEL. Señores, una pregunta. (En voz baja.)
Hay convidadas?
JULIAN. Ah truhan!
TADEO. (Regocijado.)
(No desmiente su linaje;
lo mismo era yo á su edad,
en cuanto habia jaleo
ya estaba hecho un alquitran.)
MIGUEL. Conque sepamos, señores,
hay convidadas?
PILAR. Las hay.
JULIAN. Dos hembras!...
MIGUEL. Dos solamente?
Vaya una cosa!
TADEO. (Maliciosamente.) (Qué tal?)
PILAR. Traeremos un regimiento
al niño.
JULIAN. Eres muy voraz..
MIGUEL. Si todos fueran tan buenas
como tu hermosa mitad,
bastaba con una.
PILAR. Gracias.
JULIAN. Cierto, que no tiene igual.

MIGUEL. Conque dí, las convidadas?...
PILAR. Una es Rita.
MIGUEL. Rita? ya,
la vecina?...
JULIAN. Justamente,
la dueña del principal.
PILAR. Es una chica preciosa,
sola en el mundo.
JULIAN. Y á más
rica.
MIGUEL. Y la otra?
ULIAN. La otra?... vaya!...
Bocado de cardenal,
todo un pimpollo.
MIGUEL. Un pimpollo?
JULIAN. El cáliz de un tulipan.
Doña Virtudes.
MIGUEL. Zambomba!
TADEO. Valiente calamidad.
JULIAN. No te agrada?
MIGUEL. Si parece
que se acaba de escapar
de un paisaje de abanico
de esos que venden á real.
PILAR. No me gusta que te burles
de ella.
MIGUEL. Prima, bien está.
PILAR. Al fin es una señora,
es una amiga leal.
MIGUEL. Vamos, tú no la conoces;
si es de esas hijas de Adan
que hacen el mal solamente
por el placer de hacer mal.
PILAR. No es cierto.
MIGUEL. (Á Julian.) Ya se ha enfadado.
JULIAN. Con razon; si eres capaz
de burlarte de tu sombra.
MIGUEL. Abur! (Cogiendo el sombrero.)
JULIAN. Miguel.
PILAR. Dónde vas?
MIGUEL. Á dónde? adonde no escuche
vuestro tono doctoral.

Vuelvo.

JULIAN. Miguel, no seas loco.

PILAR. Pero oye.. .

MIGUEL. Voy á osear
á una muchacha que vive
en la calle de Alcalá.
Qué mujer!...

PILAR. (Burlándose.) Ufff!...

MIGUEL. Mira, tiene
junto á la oreja un lunar
y una peca en este lado,
y otra peca en la mitad
del labio, y otra...

PILAR. Tiene otra?
pues peca en historia ya
tanta peca.

JULIAN. ¡Pobre chica!

PILAR. Pero cuándo sentarás
la cabeza? Tú las quieres
á todas.

MIGUEL. Á todas.

PILAR. Ya;
pero no amas á ninguna?

MIGUEL. Tú, prima, piensas quizás
que hay detrás de cada esquina
una mujer especial
como tú, á quien dar el alma?

PILAR. Exageras.

JULIAN. Ya verás
cuando sientas en el pecho
ese dulce ti-qui-tac.

MIGUEL. Ya estás fresco! Te figuras
que soy algun *bon vivant*?
Yo á las mujeres las quiero;
pero amarlas? Vuelvo. (Váse.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos MIGUEL.

PILAR. Hay tal?
Ha visto usted qué doctrinas

tan disolventes y tan...

TADEO. Ya es buen trucha. (Á Julian.) (Quiero hablarte
de un asunto muy formal.

JULIAN. Á mí?)

PILAR. Tio, con permiso
voy allá adentro á arreglar
ciertas cosas...

TADEO. Oh, el banquete?
Hija, vé, es lo principal.

PILAR. Señor marido, hasta luégo.

JULIAN. Adios, mi bien. (Qué será?)

ESCENA IV.

D. TADEO, JULIAN.

JULIAN. Ya escucho.

TADEO. (Cogiéndole cariñosamente la mano.)
Vamos á ver;
tú eres, Julian, muy dichoso?

JULIAN. Cómo no? si soy esposo
de Pilar, que no es mujer.
Ángel que plega su vuelo
en esta pobre guarida
para llenarme la vida
de las dulzuras del cielo;
ella es la sola ilusion
que mantiene mi existencia,
el dulce aroma, la esencia
que embriaga mi corazon.

TADEO. Es decir, que si tuvieras
que alejarte de su lado...

JULIAN. Qué dice usted?

TADEO. Si obligado
por la suerte te expusieras
á morir...

JULIAN. Quién, yo?...

TADEO. Á perder
tanto encanto y alegría,
tanto bien...

JULIAN. Me volvería
loco; mas no puede ser.

Cómo se logra apagar
la luz del brillante sol?

TADEO. No eres acaso español?

JULIAN. Y qué?

TADEO. No eres militar?
En Santo Domingo hay guerra,
y si te toca la suerte...

JULIAN. Si me toca, iré; la muerte
sabe usted que no me aterra.

TADEO. Prrrrrum, soltó el cañonazo
y salió de sus casillas;
venga usted, señor fuguillas;
venga usted, deme un abrazo
y deje usted que mis canas
humille al mirar al hombre
que ha llenado con su nombre
las llanuras africanas.

JULIAN. Tio!

TADEO. La sangre está allí
del comandante Coello.

JULIAN. Ya quién se acuerda de aquello.

TADEO. Tu patria.

JULIAN. Mi patria!

TADEO. Sí.
Por eso es bien que hoy evite...

JULIAN. Nunca; el deber es primero;
yo no debo, yo no quiero...
mi limpio honor no permite...

TADEO. Piensan estos militares
que el deber y el heroismo
sólo está en ellos; lo mismo
es mi hijo, no hay pesares
en que él se tome interés
ni para él hay cosa seria,
mas llegando á esta materia
se convierte en gallo inglés.
«Es que yo soy militar
y lo primero es primero,
y yo no puedo... no quiero...
no debo...» Diablos de atar!
No parece sino que
tenemos alma de pino

los paisanos.

JULIAN. Mas...

TADEO. Sobrino,
el pundonor y la fe
no son prendas de uniforme,
ni creas tú que precisa
el llevar una divisa?...

JULIAN. Estoy con usted conforme.

TADEO. Ni es menester ir muy guapos.

JULIAN. Pero tio, por favor.

TADEO. Muchas veces el honor
se suele vestir de harapos.

JULIAN. Ya lo sé.

TADEO. Por vida mia,
que no lo parece.

JULIAN. Tio...

TADEO. Siendo tu apellido el mio
tu honra tambien es la mia.
Te evitaría un disgusto
en mengua de tu opinion?
Dirian y con razon
tus padres que yo era injusto.

JULIAN. Yo les hago más merced
y su virtud acrisolo,
mis padres tienen tan sólo
bendiciones para usted.
Usted con tierno cariño
y desusada piedad,
me arrancó de la orfandad
siendo pobre y siendo niño.
Ellos desde el cielo admiran
sus bondades...

TADEO. Demos punto
y pasemos á tu asunto.

JULIAN. Ellos desde el cielo miran.

TADEO. Habrá un ser más obcecado?
Hoy aquí lo principal
es hablar al general,
y le hablaré en el senado.

JULIAN. Eso jamás; qué diría!

TADEO. Es mi amigo.

JULIAN. Y mi altivez?

Soy militar!

TADEO. Otra vez?
Vaya, chico, hasta otro dia.

JULIAN. Tiene usted razones mil.

TADEO. Habrá terco!

JULIAN. Cierro el labio,
que infiero á usted un agravio
con este temor pueril.

TADEO. Eso es entrar en razon.

JULIAN. Usted lo mejor verá.

TADEO. Esta casa seguirá
siendo la oculta mansion
donde el casto amor celebra
las dichas del paraiso.

VIRT. (Dentro.) Dan ustedes su permiso?

TADEO. Ya pareció la culebra.

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA VIRTUDES.

JULIAN. (Saludando.)
Señora doña Virtudes!

VIRT. (Muy redicha.)
Julian!... Señor don Tadeo!
Dichosos los ojos.

TADEO. (Con sequedad.) Gracias.

VIRT. Por usted no pasa el tiempo.
Jesús, qué grueso está usted!

TADEO. Sí señora, estoy muy grueso.

VIRT. Y qué remozado!

TADEO. Mucho.

VIRT. Y qué fresco!

TADEO. Sí... estoy fresco!

VIRT. Es pasmoso!

TADEO. Sí señora,
es pasmoso, mucho... (Tengo
á esta señora montada
en las narices, y creo
que no voy á desmontármela
nunca.)

VIRT. Pues señor, me alegro.

TADEO. Gracias.
JULIAN. Siéntese usted.
VIRT. (Haciéndolo.) Dónde
está Pilar?
JULIAN. Allá adentro.
Voy á avisarla en seguida.
VIRT. Qué se entiende? Cumplimientos
entre nosotros, al cabo
de los años mil?
JULIAN. No.
VIRT. Bueno
fuera!...
JULIAN. No, no es etiqueta,
es que yo tambien deseo
ver una cosa.—Mi tio
queda con usted?
TADEO. Yo?
VIRT. Acepto.
JULIAN. (Es igual que si dejára
solos al gato y al perro.)
VIRT. Me agrada mucho.
TADEO. Señora...
VIRT. Siéntese usted, hablaremos
de aquellos dias...
JULIAN. Sí, tio,
de aquellos dias risueños.
Va usted á gozar.
TADEO. (Estoy
por estrellarle.)
VIRT. Sentémonos. (Se sienta.)
JULIAN. Pasará usted un gran rato.
VIRT. Se acuerda usted, don Tadeo,
cuando era usted capitan
de realistas?
TADEO. Yo?...
VIRT. Qué tiempos.
TADEO. Señora, usted me dispense...
(Queriendo marcharse.)
VIRT. Mi Lesmes era el primero
de la primera.—Recuerda
usted?
TADEO. No.

VIRT. Despues de muerto
bien puedo adularle. Qué hombre!
qué figura!... tan derecho!
con la levita abrochada
y aquel chacó.

JULIAN. Sí, comprendo...
con aquel chacó... tamaño,
estaría!...

VIRT. Le estoy viendo.

JULIAN. Y yo tambien!

VIRT. Pobre Lesmes!

JULIAN. (Daría lástima verlo.)

TADEO. (Mal humorado.)
Sírvase usted dispensarme;
mas yo me voy...

VIRT. No por cierto.

TADEO. Señora...

VIRT. El trato no es ese.

TADEO. Señora...

VIRT. No lo consiento.

TADEO. (Con voz de trueno.)
Pues cómo ha de ser, señora,
yo tengo que hacer.

VIRT. (Sorprendida.) Ah!

TADEO. Eso,
tengo que hacer y me marcho.

ESCENA VI.

DICHOS, PILAR.

PILAR. (Sorprendida.) Tio!

TADEO. Á qué andar con rodeos?
—Estoy á los piés de usted.
—Sobrina, vuelvo al momento.

JULIAN. Yo tambien.—doña Virtudes!...
—Pilar!... (Saludando.) (Me extraña en extremo
que usted tan galante...

TADEO. Es que esta
mujer no es mujer, la tengo
una aversion invencible
hace veinte años lo ménos.

Su marido era un bendito,
y si no tiene el talento
de morirse de repente
pasa en la tierra el infierno.
Si llega un caso oportuno
sabrás lances estupendos.)

ESCENA VII.

PILAR, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Hija, te digo que ha estado
insolente.
PILAR. Usted se ofusca.
VIRT. No he visto forma más brusca
ni acento más destemplado.
Jesús, María y José!
yo que soy tan susceptible!
PILAR. Si me parece imposible
que le haya faltado á usté.
VIRT. Me ha despreciado.
PILAR. No tal.
Qué causa?...
VIRT. Causa, ninguna;
sabes tú que yo soy una
criatura angelical;
que llega á perjudicarme
mi bondad, que es un exceso,
tú lo sabes.
PILAR. Cierto.
VIRT. Y eso
que no me gusta alabarme.
PILAR. Ya se ve que sí, señora.
VIRT. Por eso es más de extrañar
la conducta singular
de tu tio.
PILAR. Un cuarto de hora
fatal...
VIRT. No, si no me aflijo;
estaría bueno el paso!
PILAR. Bien hecho.
VIRT. Quién hace caso

ni del padre ni del hijo?

PILAR. Del hijo?

VIRT. Sí.

PILAR. Por favor.

VIRT. No niegues que es altanero:
como su padre es banquero,
propietario y senador,
la humildad no es su virtud.

PILAR. Señora, usted no previene
que en esta morada tiene
un altar la gratitud?

VIRT. Vas á reñirme?

PILAR. Yo estimo
á usted, y la considero;
pero...

VIRT. No hablemos del pero,
no hablemos más de tu... primo.

PILAR. Corriente.

VIRT. Punto final.
(Bien habia sospechado.)
Como mi suerte ha cambiado,
ya todos me tratan mal.
Pasó el año veinte y tres,
cuando era Lesmes primero
de la primera!... No espero
que vuelva...

PILAR. Difícil es.

VIRT. Y mucho más un marido
como aquel!...

PILAR. Esa creencia
es hija de la vehemencia
del amor.—Yo no he creido
tampoco en mi ardiente afan
que pueda haber un esposo
más bueno, más cariñoso,
más hidalgo que Julian.

VIRT. Ah, conque tú?... (Pausa.)

PILAR. Sí.

VIRT. Crees?

PILAR. Sí;
nada hay en esto que asombre,
Julian me parece el hombre

mejor.

VIRT. Mejor... para tí. (Pausa.)

PILAR. Cómo!

VIRT. Nada.

PILAR. Dios del cielo!

VIRT. Pero hija, qué te acongoja?

PILAR. Señora...

VIRT. Doblemos la hoja.

PILAR. Está usted viendo mi anhelo,
y dice usted...

VIRT. Qué razon?...

PILAR. Qué misterio impenetrable
es ese?—Julian?... Ay, hable,
hable usted por compasion.
Dios mio! (Rompe á llorar.)

VIRT. Pero mujer,
andas con tu juicio á vueltas
por unas palabras sueltas
que he vertido sin querer?

PILAR. Sin querer!

VIRT. Claro que sí.

PILAR. Esas palabras fatales
han sido agudos puñales
que están clavándose aquí
de una manera sañuda.

VIRT. Pero tú qué sabes?

PILAR. Sé
que en las ruinas de la fe
alza su trono la duda.

VIRT. Pues hazte cuenta que nada
he dicho; cierro mi boca.

PILAR. No, no, hable usted.

VIRT. Estás loca?

PILAR. Usted me oculta...

VIRT. Bobada!
siéndome tú tan querida,
vamos, me estás ofendiendo.

PILAR. Luego Julian?...

VIRT. No te entiendo.

PILAR. Me quiere?

VIRT. Con alma y vida.

PILAR. Ay señora! al corazon

vuelva el bienestar perdido.
Conque todo, todo ha sido
nada más que una ilusion?...

VIRT. Unas frases escapadas,
una broma, una simpleza.

PILAR. Pues señora, con franqueza,
tiene usted bromas pesadas.
Mas todo lo olvido, sí;
que en este instante en que el alma
vuelve á gozar de la calma
dichosa, no cabe en mí
más sentimiento ni afan
que su amor.

VIRT. Quién llega?

PILAR. Es él.

VIRT. Tu marido?

PILAR. (No es infiel,
no puede serlo Julian.) (Julian canta.)

VIRT. Y vuelve contento.

PILAR. (Con viva alegria.) Y tanto!

VIRT. Como ha estado de visita
y ha visto á tu amiga Rita!...

PILAR. Á Rita?

VIRT. Pues!

PILAR. Cielo santo!
Qué idea á mi mente asalta?
Conque cree usted?...

VIRT. Yo creo
que es muy dado al visiteo...
Vaya, hija, todo te exalta.

ESCENA VIII.

BICHOS, JULIAN.

JULIAN. Hola, hijita!

PILAR. (Dios clemente!)

JULIAN. Miguel está desgraciado;
tenemos un convidado
ménos.

VIRT. Cómo!

JULIAN. Rita siente

no poderte acompañar.
Rogué, supliqué, imploré,
nada, no viene.

VIRT. Y por qué?

JULIAN. Porque al fin se va á viajar.

VIRT. Sola?

JULIAN. Solita, está claro,
no tiene padre ni madre
ni perrito que la ladre.

VIRT. Pues es preciso descaro
para viajar de ese modo
como un muchacho soltero.

JULIAN. Lo que es preciso es dinero,
señora.

VIRT. No me acomodo
á ese modo de pensar;
y hoy que están tan atrevidos
los hombres... tan pervertidos!
Yo no me atrevería á dar
dos pasos...

JULIAN. Por san Silvestre...

VIRT. Ni á andar por el mundo suelta.

JULIAN. Usted puede dar la vuelta
por todo el globo terrestre...

VIRT. Pues yo digo á usted que Rita
hace mal en irse sola.
Una mujer...

JULIAN. Dale bola.

VIRT. Ante todo necesita
quien la escude.

JULIAN. No es verdad.
Ante todo, la mujer
lo que más ha menester
es la propia dignidad.
Cuando con ella se escuda
no hay quien se atreva á faltarla.

VIRT. Todo eso es gana de charla.

JULIAN. Que diga Pilar...

PILAR. (Distraida.) (No hay duda!)

VIRT. Y á dónde es la expedicion?

JULIAN. Á Cádiz... Ay, quién se fuera!

VIRT. Cómo!

PILAR. (Gran Dios!) (Sabresaltada.)
JULIAN. Quién pudiera
verse en aquella extension;
en aquella mar hermosa
que en su tranquilo oleaje
retrata el blanco celaje
de la luna candorosa.
Juntos allí, vive Dios,
qué fortuna, qué alegría.
Los dos! (Abrazando á Pilar.)
PILAR. Yo no gozaría.
JULIAN. Qué dices?...
PILAR. (Allí los dos!)
JULIAN. Tú no gozarías?...
PILAR. Nada.
JULIAN. Pilar!...
PILAR. (Pausadamente.) Aquel pueblo hermoso
te haría á tí muy dichosa,
pero á mí... muy desgraciada! (Váse.)

ESCENA IX.

JULIAN, DOÑA VIRTUDES.

JULIAN. Qué es esto?... cambio más brusco!
Una mujer que me ha dicho
tantas veces que es la ausencia
el mayor de los martirios;
que ante la idea de verse
lejos de mí no ha podido
detener en sus pupilas
el llanto, encuentra muy lícito
decir que no gozaría
al lado de su marido.
Si no fuera porque estoy
seguro de su cariño,
diría que se ha entibiado
en su pecho... Qué delirio!
Pilar me ama más que nunca!
VIRT. (Que se habrá sentado junto el velador.)
Todos... todos creen lo mismo!
JULIAN. (Volviéndose rápido. Pausa.)

Qué ha dicho ústed?

VIRT. Yo, yo, nada.

JULIAN. Juraría haber oido...

VIRT. Nada, no, palabras sueltas
que distraida...

JULIAN. (Mirándola con fijeza.) Ya! (Pausa.)

VIRT. Hijo,
me parece usted lunático.

JULIAN. Lunático!

VIRT. Sí, y lo digo,
porque de repente ha hecho
usted un cambio en sentido
contrario.—Hace poco estaba
usted alegre y festivo,
y se ha quedado de pronto
meditabundo y sombrío.

JULIAN. Sí.

VIRT. Las frases de la esposa
parece que no han surtido
buen efecto... No lo extraño.

JULIAN. Cómo, usted cree?...

VIRT. Yo, yo afirmo
que tiene Madrid á veces
particular atractivo.

JULIAN. Luego usted sabe?...

VIRT. Yo?... nada.

JULIAN. Nada?

VIRT. Nada.

JULIAN. (Ensimismado.) (Fuera inícuo!...
Aunque ahora que pienso... ella
ha hecho siempre su capricho,
y en la misma confianza
es donde se halla el peligro...
La estoy faltando... Faltando?
Y si es ella?...)

VIRT. Amigo mio,
le duele á usted la cabeza?

JULIAN. Se burla?

VIRT. Si está usted lívido!

JULIAN. Oh!

VIRT. Qué bicho le ha picado?

JULIAN. Ninguno.

VIRT. Pues sí; algun bicho...
Vamos, si no es un secreto...
sepamos.

JULIAN. Usted no ha visto
súbitamente doblarse
la rosa en su tallo erguido
cuando más envanecida
se alzaba al sol? Quién impío
pudo arrebatar del cáliz
el suave aroma? Quién hizo
juguete del viento rudo
tanta gala y tanto hechizo?
Quién sabe!... un átomo impuro
que á veces lleva en sus giros
el viento; tal vez el roce
de algun insecto mezquino...
de algun reptil asqueroso...
Así, señora, así mismo
se ha evaporado mi dicha,
se han borrado de improviso
del cielo de mis amores
los resplandores purísimos!

VIRT. Pero qué está usted diciendo?
Usted, usted ha perdido
la esperanza, la alegría,
la ventura?... Dios bendito!

JULIAN. Señora, usted...

VIRT. Pero hombre,
eso es salirse de quicio.

JULIAN. Cree usted eso?

VIRT. Está claro.

JULIAN. Cree usted que todo ha sido
aprension? Yo no he escuchado...
usted no habló, usted no ha dicho...

VIRT. Válgame la Vírgen Santa!

JULIAN. (Animándose.)
Luego Pilar... Sí, de fijo,
Pilar es buena, es un ángel.
Sí, todo fué un desvarío.

VIRT. Sabiendo usted lo prudente
que soy...

JULIAN. Al cabo respiro!

Si era imposible...

VIRT. (Con intencion.) No le hay,
pero aunque hubiera motivo...

JULIAN. Cómo! (Rápido.)

VIRT. Nada; aunque le hubiera...

JULIAN. (Abstraido.) Eso es decir...

VIRT. Yo chitito.

JULIAN. (No hay duda... aquí hay un misterio...
no sé explicarme... no atino.)

VIRT. Volvemos á las andadas?

JULIAN. (Esta mujer!...)

VIRT. Lo repito,
no está buena esa cabeza.

JULIAN. (Esta mujer!...)
(Pausa. Julian, despues de batallar con la duda, grita colérico.)
El abismo
la ha lanzado de repente
en medio de mi camino.

VIRT. (Dando un salto.) Ay!
Pero hombre... usted está loco?

JULIAN. Y frenético.

VIRT. (Temblando.) Ay, San Críspulo!
Julian!...

JULIAN. (Con energía.) Maldito mil veces
sea el instante en que vino
la duda á borrar en mi alma
la fe, mil veces maldito...
Señora, usted me dispense,
que no sé lo que me digo.
(Váse precipitadamente. Miguel aparece en la puerta del fondo.)

ESCENA X.

MIGUEL, DOÑA VIRTUDES.

MIGUEL. Abur, que lleves buen viaje...
escribe en llegando, chico.
Qué demonios le ha pasado?

VIRT. Ay, calle usted, Miguelito,
temblando estoy... me parece

que va á darme algun vahido.

MIGUEL. Déjelo usted para luégo,
señora.

VIRT. No es broma.

MIGUEL. (Llamando.) Primo,
ven á contarme la causa...

VIRT. Calle usted, por Jesucristo,
no vuelva otra vez y se arme...

MIGUEL. Pero qué ha de armarse?

VIRT. Un cisco.

MIGUEL. Ah!

VIRT. Sí, su primo de usted tiene
raptos.

MIGUEL. Diablo!... No adivino...
(Ah, ya sé, como es tan posma
cuando habla del consabido
y del año veinte y tantos...
el otro, que es algo vivo
de genio... Ya lo comprendo.
Si esto es lo más sinapismo!
Cuando mi padre la guarda
un odio tan expresivo,
habrá razon!...)

VIRT. (Acercándose de puntillas y dándole una palmadita en el hombro.)
Usted tiene
la culpa.

MIGUEL. Yo?

VIRT. Cabalito.

MIGUEL. De qué tengo yo la culpa,
señora?

VIRT. Pues!

MIGUEL. La suplico
que se explique.

VIRT. Son ustedes
los seductores de oficio,
atroces.

MIGUEL. (Con seriedad.) Doña Virtudes,
no me gustan logogrifos.

VIRT. Pues! Hágase usted de nuevas.

MIGUEL. Se divierte usted conmigo?

VIRT. Y luégo usted... pues!... se extraña

que el otro...

MIGUEL. El otro?

VIRT. Ni amigos,
ni parientes, ni casados...

MIGUEL. Señora! (Con asombro.)

VIRT. Ya es usted pillo!
Le gusta á usted lo selecto;
la verdad es que hay prodigios
de talento y de hermosura,
que tienen unos hechizos
irresistibles.

MIGUEL. Señora,
basta de torpes, de inícuos
pensamientos. Usted tiene
valor?...

VIRT. Eh, eh, que yo no he dicho
cosa que pueda ser grave.
La prueba es que yo no afirmo
nada.

MIGUEL. La sospecha ofende,
y usted con ella ha ofendido
á una mujer.

VIRT. Poco á poco,
yo he probado lo muchísimo
que quiero á ciertas personas,
para ofenderlas.

MIGUEL. Repito...

VIRT. Y no saque usted á plaza
ciertos nombres... Mucho tino,
no vaya usted á venderse,
que yo nunca he pretendido
comprar á usted.—Cuando salen
frustrados ciertos designios,
no es extraño que el despecho...

MIGUEL. Esto más?

VIRT. Tenga usted juicio.

MIGUEL. Si es usted capaz, señora,
de volver tarumba al mismo
Job.—Conque usted cree
que doy en mi pecho abrigo
á una pasion insensata?

VIRT. Yo sé lo que es muy sabido.

MIGUEL. Oh!
VIRT. Que es usted calavera.
MIGUEL. Pero...
VIRT. Seductor.
MIGUEL. Mas...
VIRT. Díscolo,
y que deja usted y toma
las novias de cinco en cinco.
MIGUEL. Pero usted supone...
VIRT. Nada,
yo no supongo, ni quito,
ni pongo, ni entro, ni salgo,
ni digo, ni me desdigo,
porque yo soy muy prudente
y á mí no me gustan lios.
MIGUEL. Pero es posible, señora,
que diga usted?... Es cinismo!
VIRT. Caballero, usted me falta,
sepa usted...
MIGUEL. Señora!...
VIRT. Chito,
que viene Pilar.
MIGUEL. Pilar?
no se entere...
VIRT. Señor mio,
hágase usted el encargo
á sí propio.
MIGUEL. Mas...
VIRT. Lo dicho;
yo no soy la interesada,
usted que lo es, cierre el pico.
(Saliendo al encuentro de Pilar.)
Pilarcita, hermosa mia!...
Qué es eso?... Ya lo adivino.
Me tienes muy enfadada;
venga usted acá la riño.
(Se sientan.)

ESCENA XI.

DICHOS, PILAR, JULIAN.

Julian entra en escena poco despues que Pilar, y se sienta pensativo en un extremo de la sala.

MIGUEL. (Abstraido.)
(Pero señor, es posible
que esta mujer basilisco
haya pensado?... Si espanta
aún más que el hecho lo indigno
de la calumnia... Qué pruebas,
ni qué datos, ni qué indicios
puede haber... si mis miradas
apenas se han detenido
en Pilar. Que es muy virtuosa...
muy linda... Y bien!... es motivo
ese...) (Queda ensimismado.)
PILAR. Miguel.
MIGUEL. (Estremeciéndose.) Qué?
PILAR. Y el tio?
salió de casa hace mucho?
MIGUEL. No sé... no sé si ha salido.
(No me atrevo ni á mirarla,
desde que esa arpía ha dicho
que la amo.)
VIRT. Quieres mi ayuda?
PILAR. Mil gracias, todo está listo.
Una comida modesta
no exige preparativos
grandes.
VIRT. Ciertamente, basta
la franqueza y el cariño
para que todo sea espléndido.
Ay, y cómo les envidio
á ustedes!
PILAR. (No me envidiára
á comprender mi martirio.)
JULIAN. (Envidiarme á mí! No cabe
decir mayor desatino.)

TADEO. (Dentro.) Dices que están en la sala?
VIRT. Me parece que es tu tio.

ESCENA XII.

DICHOS, D. TADEO.

TADEO. Gracias á Dios que llegué,
hace un calor soberano.
Con su permiso.
(Á las señoras. Ap. á Julian.) (Esa mano,
fuerte!... aprieta... Ví y triunfé.
Tocando á tu bienestar,
Julian, con cualquiera enristro.
Hice saber al ministro
mi deseo, y sin dejar
que acabase, conmovido,
me echó los brazos al cuello.
«Dí á tu sobrino Coello
que todo está concedido;
que quien supo con valor
luchar como él ha luchado,
tiene ante el mundo probado
lo que vale el pundonor.
Que no tema ni se asombre
si me ve tan lisonjero,
porque más de un compañero
ansioso de su renombre
quiere á su vez combatir.
Si España se ve ofendida
y necesita su vida,
entónces irá á morir.»
Esto dijo, y hazte cuenta
si yo apretaría el paso
para enterarte del caso.
Ya se pasó la tormenta...)
(Á Pilar.) Llegada es ya la ocasion
de divertirnos, señora.
Me parece que ya es hora
de ensanchar el corazon.
Vamos á entrar en refriega.
Hoy hace un año, sobrino,

apurábamos los vinos
mejores de mi bodega,
brindando todos sin tasa
por vuestra union bendecida.
Hoy hace un año que anida
la ventura en esta casa.
—Alegre estoy, voto á brios,
y el corazon me revienta
de placer... tú estás contenta?...
me place mucho...—Si Dios
oye mi ruego ferviente,
como en este hermoso dia
el placer y la alegría
brillarán en vuestra frente.
Y brillarán, sí señor,
mal que le pese al demonio,
que la dicha es patrimonio
de la virtud y el amor.
(Pausa. D. Tadeo se detiene asombrado.)
Estoy corriendo un bromazo!
Ufff!... qué gestos tan sombríos;
parece, señores mios,
que han dado á ustedes cañazo.
—Pilarcita!... (Cogiéndola una mano.)
Hermosa!... dí...
Demonio!... (Viéndola llorar.)

PILAR. (Yéndose.) No puedo más.

TADEO. (Estupefacto.) Pero chico, me dirás
qué es lo que sucede aquí?
(Dirigiéndose á Julian.)
Ese llanto... Ese lenguaje...
Pero hombre, dime y sabré.

JULIAN. Nada... Misterios... No sé.
—(Estoy que me ahoga el coraje.)
(D. Tadeo ve marchar á Julian, cada vez más asombrado.)
Pero Miguel, dí, qué puede
ser la causa de ese lloro?

MIGUEL. (Balbuciente.)
Padre... No sé... Yo lo ignoro. (Yéndose.)
(Qué es esto que me sucede?)

TADEO. Toma!.. se van?... Nadie espera!...

Y me dejan solo aquí.

VIRT. (Con zalamería.)
No tal, me tiene usté á mí.

TADEO. (Pues es una friolera!) (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Al levantarse el telon se oyen los tambores de un regimiento que figura pasar por la calle inmediata.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, asomada al balcon, DOÑA VIRTUDES en el proscenio.

VIRT. Vamos, esto es insufrible;
siempre que escucho el estrépito
de tambores y cornetas
me saltan todos los nervios.
Así... ajajá, otro redoble,
otro!... diablos del infierno!
No, no estaríais tan ágiles
si os redoblaran el cuerpo.
(Cesa el ruido de los tambores y se oye el de las cornetas de caballería, que cesará cuando se considere oportuno.)

PILAR. Ahí viene, doña Virtudes.

VIRT. Quién? Quién?

PILAR. Julian.

VIRT. No le veo...

PILAR. Aquel que lleva un caballo
alazan con cabos negros.

VIRT. Ah, sí, sí, ya le distingo.
Qué erguido va, qué derecho!

PILAR. Ya nos ha visto.
VIRT. Y saluda.
PILAR. Adios. (Agitando el pañuelo.)
VIRT. Adios.—Yo no entiendo
cómo van con esos ponchos
tan pesados y tan feos.
PILAR. Ay!... (Dando un grito.)
VIRT. Qué sucede?
PILAR. El caballo
que se ha encabritado.
VIRT. Cielos!
Á ver?—Aprensiones tuyas.
PILAR. Cayó?
VIRT. No tal.
PILAR. Ay qué miedo!
VIRT. Cómo ha de caer, si el jaco
va más manso que un borrego?
Caballo de infantería
que está pensando en el pienso
y no en cabriolas. (Acercándose al balcon.) Y aya!
no ha terminado el jaleo.
Jesús, dichosa revista;
no he visto nunca un gobierno
más belicoso.
PILAR. Señora!
VIRT. Siempre está jugando al miedo.
PILAR. Y usted siempre criticando.
VIRT. Y siguen los coraceros.
Hola!... Allí viene tu primo.
No está el hombre poco serio!
Adios!...—Y no me saluda.
PILAR. (Asomándose.)
Adios!
VIRT. Contigo es atento.
Hija... pero no le observas?
PILAR. Qué?
VIRT. Qué pálido se ha puesto!
PILAR. (Entrándose.)
No lo extraño, es la conciencia
que le acusa.
VIRT. No te entiendo:
la conciencia?...

PILAR. Sí, nos tiene
en un olvido completo
hace ya un mes.
VIRT. Este chico
ha cambiado.
PILAR. Yo sospecho
que no le falta á su padre
razon; algun trapicheo
le trastorna.
VIRT. La viudita
de la calle de Fomento.
Ya es ganga!
PILAR. Lo que es su historia
no es muy limpia por lo ménos.
VIRT. Limpia? ya, ya; como el agua
de Lozoya...
PILAR. Yo no espero
que él cometa un disparate.
VIRT. Cuando ella ha echado el anzuelo,
pesca habrá.
PILAR. Digna es de lástima.
VIRT. La muchacha es un portento!
Lástima tengo á tu primo.
PILAR. Yo al padre.
VIRT. Aquí le tenemos.

ESCENA II.

DICHOS, D. TADEO.

TADEO. Gracias á Dios que he podido
llegar.—Santos y muy buenos.
PILAR. Ha pasado usted revista?
TADEO. Sí, hija, sí, tuve el acierto
de encontrarme con la tropa
y he estado hecho un estafermo
dos horas.
PILAR. Habrá usted visto
á Miguel?
TADEO. (Reprimiéndose.) Sí, con efecto,
le he visto. (Aunque no le viera!)
PILAR. Entónces del mal el ménos.

TADEO. Pues te digo que ya estaba
desesperado.
VIRT. (Suspirando.) Ay, lo creo!
(D. Tadeo se vuelve á mirar á Doña Virtudes.)
Sí, sí señor, no me extraña;
á usted, como hombre ya viejo,
le pasa precisamente
lo mismo que á mí.—El ejército
no tiene la gallardía
que tenía en nuestros tiempos;
y es claro, nos da tristeza.
Se acuerda usted, don Tadeo,
cuando era usted capitan?...
TADEO. Señora...
VIRT. Ya, ya comprendo
su desazon. Ay, son cosas
que no se olvidan. Recuerdo
cuando el duque de Angulema
entró en España. Qué esbelto!
Qué gente aquella, qué gente!
PILAR. Doña Virtudes!...
VIRT. Sí, es cierto.
Más vale que cada uno
á sus solas... Sí, te dejo,
porque si doy rienda suelta
á todos mis pensamientos,
voy á dar un trago amargo
á tu tio, y yo no quiero...
—Ay, cómo cambian las cosas!
En fin... qué hacer? resignémonos.
Voy á ver cómo está Rita
de su accidente.—Pues y eso!
Qué dice usted de una jóven
soltera, que... sin respeto
al qué dirán se prepara
para un viaje de recreo?
Qué tal?... qué tal? Hola! y gracias
que la ha castigado el cielo
y la ha amarrado á una cama
con un ataque epiléctico,
si no á estas horas ya había
realizado su proyecto;

pero mañana ó pasado
se marcha en el tren correo...
Qué dice usted?... Nada, claro,
lo mejor es el silencio;
digo bien?

PILAR. Doña Virtudes!...

VIRT. Ya te entiendo, ya te entiendo.
Me voy... no quiero afligirle.
Adios, adios; hasta luégo.

ESCENA III.

D. TADEO, PILAR.

TADEO. (Levantándose.)
Pilar, si en algo me estimas,
si algo para tí merezco,
aleja de mi presencia
á esa mujer del infierno,
porque si no, el mejor dia
no respondo de mi genio
y la mato.

PILAR. Pero tio!...

TADEO. La estrello, Pilar, la estrello.

PILAR. Pero tio, qué motivos
tiene usted?

TADEO. Sí que los tengo.
Esa mujer es muy mala.

PILAR. En cambio usted es muy bueno.

TADEO. Esa mujer que defiendes
tiene un corazon perverso.
Si yo te pusiera en autos
sobre cierto testamento,
te asombrarías!...

PILAR. Dios mio!

TADEO. No hablemos de ella, no hablemos,
que hablar de esa infame bruja
con el coraje que tengo
por la conducta de mi hijo,
es echarle leña al fuego?

PILAR. Cómo! Miguel?...

TADEO. Sí, hija mia,

Miguel... Miguel se ha propuesto
llenarme de luto el alma;
matar á este pobre viejo
que ya se acerca al ocaso
de su vida.

PILAR. Tio!

TADEO. En pleno
dia, cuando el sol ardiente
derrama todo su fuego
sobre la tierra, las nubes
se borran en un momento.
Qué ha pasado con vosotros?
vino un celaje ligero
á empañar vuestra existencia...
mas todo pasó, y el cielo
de vuestros dulces amores
brilla cual nunca sereno.
¡Cuando se acercan las sombras
de la vejez, no hay remedio!
el espíritu se abate,
deja la tierra... y *laus Deo*!

PILAR. Pero tio, qué presagios?...
cree usted que su hijo?...

TADEO. Creo
que va á deshonrar mis canas.

PILAR. Jesús!

TADEO. Mucho me lo temo.

PILAR. Esa mujer...

TADEO. Sí, hija mia,
esa mujer, ese enjendro
de la impudencía, le tiene
trastornado.

PILAR. Dios eterno?
Pero llegará á casarse
con ella? no, á tal extremo
no llegará.

TADEO. Cuando el rio
suena... Más de un compañero
me ha dicho ya en el Senado
con sonrisas y gracejos
ciertas palabritas sueltas!...

PILAR. Palabras sueltas!

TADEO. Vé viendo
cual habrá sido mi angustia,
mi vergüenza!...

PILAR. Pero el hecho
es que hasta ahora no se puede
decir que Miguel...

TADEO. Su aspecto
lo dice todo. Qué causas
pueden turbar su sosiego?
Qué misterios le rodean?
Qué criminal pensamiento
nubla su frente? Qué imágen
impura lleva en su seno
que tiene que acariciarla
en las sombras del silencio?
No tengo pruebas palpables,
pero hay en esto misterio...
una mujer... una afrenta...
algo de infame y siniestro;
virtud ninguna.

PILAR. Quién sabe.

TADEO. Ninguna, yo lo sostengo.
Mi hijo tiembla y no es cobarde,
y se humilla y no es rastrero;
donde hay virtud, hay grandeza,
donde hay grandeza, no hay miedo.
Miguel rueda á un precipicio,
sí, Pilar, sí, lo estoy viendo. (Queda abatido.)

ESCENA IV.

DICHOS, JULIAN, en la puerta del foro acabándose de poner la levita de paisano.

JULIAN. Dí á mi asistente que espere.

PILAR. Julian!

JULIAN. Pilar, vengo muerto.

PILAR. Te has cansado mucho?

JULIAN. Mucho.
—Felices dias!—Qué es eso;
qué tiene el tio?

PILAR. Qué tiene?

Qué ha de tener! el tormento
de ver la conducta extraña
de Miguel.

JULIAN. Habrá muñeco!
No, no; pues hoy no se escapa,
hoy viene aquí.

PILAR. No le espero.

JULIAN. Le he llamado en nombre tuyo.

PILAR. Y eso qué importa?

JULIAN. Yo pienso
que aunque esa mujer del diablo
le haya trastornado el seso,
le habrá dejado siquiera
un átomo de respeto,
de educacion; tú le llamas
y no faltará.

PILAR. Veremos.

JULIAN. En cuanto se haya mudado
de traje, vendrá al momento.
Es necesario que escuche
las verdades del barquero.

PILAR. La gratitud nos obliga,
y en realidad no podemos
ver indiferente nada
de lo que pasa.

JULIAN. Ya es serio.

PILAR. Qué criatura, Dios mio!
y qué mujeres!...

JULIAN. Silencio.

PILAR. Dices bien, el desdichado
no tiene más embeleso
que Miguel.

JULIAN. Pues!

PILAR. Cuando venga
le hablas fuerte.

JULIAN. Yo no puedo;
tú, tú.

PILAR. Yo...

JULIAN. Sí, Miguel siempre
se rie de mis consejos,
los tuyos han de llegarle
al alma.

PILAR. Aquí le tenemos.
JULIAN. Cómo! ha venido?
PILAR. Ha venido.
Ya está fresco, ya está fresco!

ESCENA V.

DICHOS, MIGUEL.

JULIAN. (Qué aspecto tan singular!)
MIGUEL. Me ha dicho vuestro criado
que venga aquí.
JULIAN. Te ha llamado
Pilar.
MIGUEL. Pilar?
JULIAN. Sí, Pilar.
PILAR. Yo he sido... aunque no te cuadre.
MIGUEL. Excusado es repetirte
que estoy dispuesto á servirte...
PILAR. Gracias.—No has visto á tu padre?
MIGUEL. Aun no; salió muy temprano
de casa.
PILAR. Míralo allí.
MIGUEL. Duerme?
PILAR. Llora.
MIGUEL. Llora?
PILAR. Sí.
MIGUEL. (Dios me tenga de su mano!)
(Se acerca á su padre y le da un beso en la mano.)
Muy buenos dias, papá.
TADEO. (Lo de siempre!... No me extraña.
Presume que así me engaña
y me besa; claro está!
Y no me habla sin embargo
al ver que lloro y me aflijo...
Pues!... como el beso de un hijo
borra el llanto más amargo...
se ha dicho... «sigo en mi empresa
con esa mujer maldita,
y si mi padre se irrita
que se irrite; se le besa
y pare usted de contar.»

Me voy... No quiero mirarle.
No quiero... voy á matarle
y no le quiero matar.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos D. TADEO.

JULIAN. Chico, lo siento por tí.
MIGUEL. Cómo!
JULIAN. Al ver lo que padece
tu buen padre, me parece
que eres criminal.
MIGUEL. Yo...
JULIAN. Sí.
MIGUEL. Esa idea es vejatoria.
JULIAN. Reprime tu indignacion;
no es más que la introduccion,
Pilar seguirá la historia.
(Pilar acompaña á Julian hasta la puerta de su habitacion.)

ESCENA VII.

PILAR, MIGUEL.

MIGUEL. (Es decir que no ha bastado
que el deber y el sentimiento,
libren un duelo sangriento?
Es decir... que el hombre honrado
combate consigo mismo
para vencer sus pasiones,
y vienen las ocasiones
á empujarle hácia un abismo?
Yo de ella no voy en pos
y ella me detiene el paso
y me busca.—El hombre acaso
tiene las fuerzas de Dios?)
PILAR. (Con dulzura y pueril coquetería.)
Pues señor llegó el momento
de que oigas cuatro verdades...
No, no sirve que te enfades.

MIGUEL. Pilar!
PILAR. Tome usted asiento. (Pausa.)
—Tú amas mucho á una beldad,
no es cierto?
MIGUEL. (Tenga usted calma
y niegue usted cuando el alma
grita á voces que es verdad.)
PILAR. Callas? Á qué esos sonrojos?
MIGUEL. Pilar... mi amor ha pasado.
PILAR. Si lo tienes asomado
á las niñas de tus ojos!
(Con zalamería.)
Vamos, dime, qué te afana?
confia en mí, sé sincero.
Ya sabes que yo te quiero
como si fuera tu hermana.
MIGUEL. Mi hermana!... Gracias.
PILAR. Julian
así me enseñó á quererte,
por eso tomo en tu suerte
tanto interés, tanto afan.
MIGUEL. (No cabe mayor tortura.)
PILAR. Hoy van á curar tus males
mis consejos fraternales.
—Amas?
MIGUEL. Si amor es locura,
si es fiebre, si es desvarío,
si es insomnio ardiente y fiero,
no existe en el mundo entero
amor más grande que el mio.
PILAR. Eso ya es entrar en cuenta.
—Y sabe el cielo en cuán poco
habrá estribado ese loco
deseo que te atormenta!
Quizá una palabra...
MIGUEL. Oh!
una palabra imprudente
hizo cruzar por mi mente
lo que nunca concibió.
De aquí el incendio voraz
que me abrasa.
PILAR. Que es la hoguera,

sino una chispa ligera
que á veces vuela fugaz?

MIGUEL. Pero cómo has comprendido?

PILAR. Sé lo que influyen á veces
ciertas palabras... sandeces
que se dicen al descuido!
No há mucho que así... al desliz,
una frase, una imprudencia
vino á turbar la existencia
de un matrimonio feliz;
por suerte la reflexion
volvió á su pecho la calma,
y ambos se vieron el alma
á la luz de la razon.

MIGUEL. Razon! feliz quien la tiene,
yo en medio de mi agonía
la llamo dia tras dia,
hora tras hora... y no viene!

PILAR. Ya vendrá.

MIGUEL. Me haces sufrir;
Pilar!...

PILAR Tengo yo barruntos...
(Tocándole en el hombro.)
—Vamos á llamarla juntos.

MIGUEL. Entónces... qué ha de venir!

PILAR. Tamaña injuria me infieres?

MIGUEL. Pilar!... Oh!...

PILAR. Vamos á ver;
mereces tú una mujer
como esa á quien tanto quieres?

MIGUEL. (Con dignidad.)
Imaginarlo es bajeza.

PILAR. (Con viva alegría.)
Ves cómo ya vas teniendo
razon, Miguel? Lo vas viendo?...
Y dí, no es una simpleza
que rindas el alma fiel
á una mujer de esa especie?
No es porque yo la desprecie;
pero ella es mala, Miguel.

MIGUEL. No es cierto; tú la difamas
sin saber... Pilar!... Dios mio!

PILAR. Habrá mayor desvarío?
—Miguel, la mujer que tú amas
no merece tus desvelos,
porque es infame.

MIGUEL. (Con energía.) Impostura!
La mujer que yo amo es pura
como el azul de los cielos.

PILAR. Cómo!... Qué?... Yo presumí...
Yo me habia figurado...
Es decir que me he engañado?
Responde.

MIGUEL. No, no, sí, sí...
En mi fatal aturdimiento
quise... Mas no tengas duda...
Yo amo... yo quiero á la viuda
de la calle de Fomento.
(Tengamos serenidad.)
Pilar, tu bondad invoco;
ten compasion!...

PILAR. Estás loco.

MIGUEL. Y pues sabes la verdad,
adios.

PILAR. Intenciones vanas;
no puedes de aquí alejarte,
porque ántes quiero yo hablarte
de tu padre y de sus canas.

MIGUEL. Pilar!

PILAR. No sales de aquí,
si no haces formal promesa
de dar al olvido á esa
mujer.

MIGUEL. Á la viuda?

PILAR. Sí.

MIGUEL. Lo juro puesta la mano
sobre el corazon.

PILAR. De veras?
Si yo decia que tú eras
un buen hijo, un buen hermano.
Cesaron ya mis enojos
y vuelves á mi favor.

MIGUEL. (Si está asomado mi amor
á las niñas de mis ojos,

esta mujer no adivina
que al hablarme de esta suerte
me está causando la muerte?)

PILAR. Triunfé como una heroina.
(Con mucha dulzura.)
Adios!—Confio en tu fe.
Tu palabra está empeñada.
Ya no verás á tu amada
jamás.

MIGUEL. Jamás la veré!

PILAR. Cuidadito con ser blando!...
Y en cambio... ten... mi cariño.
(Dándole la mano.)
Temblando estás como un niño.

MIGUEL. Es verdad!... estoy temblando!

ESCENA VIII.

MIGUEL.

Ay de mí! Supe luchar
con invencible heroismo;
puesto al borde del abismo
supe mi planta fijar
sin dar un paso imprudente.
Grande es mi amor y profundo;
pero ante Dios y ante el mundo
aún puedo elevar mi frente.
—Qué falta? El adios postrero;
no verla ante mí jamás.
No verla ante mí! Qué más
podrá pedirse al viajero,
si en los vastos arenales,
al sentir la sed ardiente,
deja la limpia corriente
sin beber de sus raudales?
—Basta!—Adios, por siempre adios!
No turbaré tu quietud;
sabré luchar.—La virtud
tiene las fuerzas de Dios!
—Ah! (Reparando en un álbum.)
Singular coincidencia!

parece que condolida
viene su imágen querida
á escuchar mi adios.—La ausencia
tendría ménos abrojos,
ménos sombras y amargura,
si tuviese su hermosura
al par del alma en los ojos.
(Sacando el retrato.)
Con qué pureza grabó
la luz sus rasgos aquí!
De qué otra suerte que así
podré contemplarla?—No,
no cabe pueril recelo,
y pues la entrego mi vida
sea su imágen querida
mi único bien, mi consuelo.
(Besa el retrato, D. Tadeo aparece en la puerta del fondo.)

ESCENA IX.

D. TADEO, MIGUEL.

TADEO. Por más que no satisface
á un padre tierno que influya
y valga más que la suya
la extraña razon, me place
que al fin la razon venza...
Sé el juramento que has hecho
de ahogar por siempre en tu pecho
ese amor, que es mi vergüenza.
Dios te ha inspirado y tu madre:
mi amor transige con todo,
ménos con ver por el lodo
tu nombre y mi nombre.
MIGUEL. Padre...
TADEO. Olvidaré tu desden
y perdono tu extravío.
MIGUEL. Reitero á usted, padre mio,
mi juramento.
TADEO. Está bien.
Sé que de tí serás dueño

y de ofenderte no trato.
Ahora, dame ese retrato
que ocultas con tanto empeño.

MIGUEL. Quién? yo...

TADEO. Qué son digresiones?
Basta que yo lo reclame.
El retrato de esa infame
torcerá tus intenciones.
Que!... Te muestras obstinado?
Me estás haciendo un insulto.

MIGUEL. Es que la imágen que oculto...
no es del ser idolatrado
que ántes llenaba mi mente.

TADEO. Entónces, por qué has impreso
en esa imágen un beso
lleno de entusiasmo ardiente?

MIGUEL. Oh!

TADEO. Por qué en tus ojos brota
llanto de amor al besarla?
Entónces, por qué ocultarla?

MIGUEL. Yo, no...

TADEO. Mi calma se agota;
tus excusas me dan ira.
Sea cualquiera el agravio,
que yo no vea en tu labio
la mancha de una mentira.
Tú sabes quién soy.

MIGUEL. Quisiera
que usted...

TADEO. Calla, no des voces,
silencio... Tú me conoces,
sabes que soy blanda cera
que se amolda á tus antojos;
mas sabes que soy de roca
si una injusticia provoca
mi indignacion, mis enojos.
Cómo! un pariente lo alcanza
todo!... con él muy benigno!...
y un padre anciano no es digno
de obtener tu confianza!
Asunto de empeño es éste,
y fuera impropio ceder.

Yo ese retrato he de ver...

MIGUEL. Padre...

TADEO. Cueste lo que cueste.
El retrato!

MIGUEL. Es imposible!

TADEO. Lo quiero... lo exijo. (Avanzando.)

MIGUEL. (Retrocediendo.) Oh!

(En este momento sale Julian, quita el retrato á Miguel y se lo guarda en el bolsillo de la levita.)

ESCENA X.

DICHOS, JULIAN.

JULIAN. (Silencio; lo tengo yo.)

MIGUEL. Julian!... Julian!... (Trance horrible!)
(Pausa.)

TADEO. Hombre, que á tiempo has llegado!

JULIAN. Á tiempo?

MIGUEL. (Triste de mí!)
(Oh, Julian.

JULIAN. Confia en mí.)

MIGUEL. (Me he perdido.)

JULIAN. (Le he salvado.)
—Decia usted?...

TADEO. Demos punto.

MIGUEL. Yo te suplico. (Ap. á Julian.)

TADEO. Salgamos.

JULIAN. Se van ustedes?

TADEO. Nos vamos...
á transigir cierto asunto.
Aquí gritar no podría.

JULIAN. Usted nunca se propasa,
y estando usted en mi casa...

TADEO. No es estar como en la mia.

MIGUEL. Pero es que ántes, yo...

TADEO. (Con severidad.) Te ordeno
que calles.

JULIAN. Esa mirada
me aterra.

TADEO. No, si no es nada;
ya estoy sereno, sereno.

Ya la tormenta pasó.
—Si hay hijos que no obedecen
hay padres que compadecen,
y de esos padres soy yo.
Hubo un momento de vena...
de fiebre... Todo ha pasado.
(Dándole la mano.)
Dispensa si te he faltado.

JULIAN. Usted?

TADEO. Sea enhorabuena!
por tu escamoteo! (Con intencion.)

JULIAN. Tio!

TADEO. Haces bien en ocultarle;
con eso podrá besarle...

JULIAN. El qué?

TADEO. El retrato!...

MIGUEL. (Dios mio!)

TADEO. Si vieras con cuánto afan
calmaba su ardiente sed.

JULIAN. No sé de que me habla usted.

TADEO. No sabes?... Pobre Julian!
Haces de un modo brillante
el papel que hoy te tocó,
pero hijo... te llevo yo
treinta años de comediante!

MIGUEL. (Rápido á Julian.)
(Vuelvo en seguida á poner
en claro...

JULIAN. Tu padre espera.)

MIGUEL. (Maldita la voz primera
que me habló de esa mujer.)

ESCENA XI.

JULIAN, riéndose.

El lance ha sido apurado,
si yo no soy oportuno
se entabla una lucha horrible
y hay un jaleo mayúsculo.
(Llamando.)
Pilar... Pilar.—Cuando sepa

lo que ha pasado, el apuro
de Julian...

ESCENA XII.

JULIAN, PILAR.

PILAR. Llamas?
JULIAN. Sí, quiero
contarte un lance.
PILAR. Ya escucho.
JULIAN. Tiene sus puntas de drama
y sus ribetes de chusco.
(Accionando.) Allí Miguel, aquí el padre;
Miguel abatido, mustio,
con un retrato en la mano
que tenia medio oculto,
así.—Demandaba el padre,
y el hijo se hacía el mudo.
Figúrate!... en el carácter
del tio!... Ya estaba á punto
de estallar la bomba, cuando
presentándome de súbdito,
cojo el retrato y lo escondo
con el mayor disimulo.
No con tanto, por supuesto,
que el tio, que es hombre ducho,
no comprendiese la treta!...
PILAR. Y se marchó?
JULIAN. No es su orgullo
para dejar que su hijo
le falte, y estoy seguro
que á estas fechas le ha lanzado
tales frases, de tal bulto,
que le han puesto las orejas
lo mismo que dos carbunclos.
PILAR. Pero señor, ese chico
por qué ha sido testarudo?
por qué no daba el retrato?
JULIAN. Lo besaba con un júbilo,
segun el padre me ha dicho...
Y no hemos de ser injustos;

la viuda es linda, muy linda.
Por tí juzgarás. Tiene unos
ojos

PILAR. Te gustan?

JULIAN. Me gustan
para admirar más los tuyos.
—*Eccolo qua!*
(Va á sacar el retrato y aparece doña Virtudes.)

ESCENA XIII.

DICHOS, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Qué mujeres!
qué sociedad y qué mundo!

PILAR. Doña Virtudes!...

JULIAN. (No he visto
un ser más inoportuno.)

PILAR. Viene usted?...

VIRT. Vengo asombrada.

PILAR. Va usted á darnos un susto?
Qué ha pasado?

VIRT. Qué ha pasado?
que Miguelito es un cuco,
que ya ya!—Segun me han dicho
en casa de don Facundo...
—por supuesto así... en secreto,
y yo en secreto os lo...

PILAR. (Rápido.) Justo!

VIRT. Os lo digo.—La viudita
sólo ha sido un subterfugio
para engañar á la gente;
pero el blanco, esto es, el punto
de sus miradas se dice
que es otro.

PILAR. Es otro? (Sacando el retrato.)

VIRT. Habrá tuno!
Entónces este retrato
nos dirá... sí, de seguro.
(Julian se fija en el retrato, da un grito de sorpresa y se vuelve rápido á increpar á Pilar; pero la presencia de Doña Virtudes le contiene. Dominado por

la sensacion se lleva la mano al pecho y cae aturdido en una butaca.)

JULIAN. Oh!... Tú?...—Dios mio!

PILAR. (Despavorida.) Qué es eso?
Julian!... Julian!... Yo me aturdo.
Julian!... qué tienes, responde?
Voy corriendo...

ESCENA XIV.

JULIAN, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. Estoy sin pulso.
Julian! Julian!...

JULIAN. (Irguiéndose.) Oh!... Señora,
por qué en lugar de un anuncio
no me dijo usted entera
la verdad de mi infortunio?
Por qué con frases cortadas
vino usted á herir de súbito
mi corazon... ocultándome
mi deshonra y su perjurio!!

ESCENA XIV.

JULIAN, PILAR, DOÑA VIRTUDES.

PILAR. Aquí hay azahar, y el médico...

JULIAN. (Rechazándola.)
No he menester á ninguno.
Quiero estar solo.

PILAR. No entiendo...

JULIAN. Solo!

PILAR. Ese acento tan brusco...

JULIAN. (Infame!

PILAR. Julian!... qué dices?
Infame yo?

JULIAN. Vete al punto.

PILAR. (Con dignidad.)
Creí que estabas enfermo;
me tranquiliza ese insulto.)
(Váse por la puerta de la izquierda. Miguel aparece en la del fondo.)

ESCENA XV.

JULIAN, MIGUEL.

JULIAN. (Con sarcasmo.)
Qué á tiempo llega el amante!...
Providencial coincidencia!
allí se oculta el cinismo
y aquí el rubor se presenta;
y es que si el crímen se esconde
viene detrás la vergüenza!
MIGUEL. Julian!
JULIAN. Nada de palabras.
MIGUEL. Escucha...
JULIAN. Nada de necias
declamaciones. Los hombres
salteadores de haciendas
y de honras...
MIGUEL. Qué estás diciendo,
Julian!
JULIAN. Sabido es que aceptan
el riesgo de sus victorias
con todas sus consecuencias.
Así, evitemos razones;
no quiero gritos ni escenas
terroríficas, pasaron
los tiempos de la tragedia.
Yo bien sé que con tu vida,
con tu mezquina existencia,
no pagas todo el tormento
que el corazon me envenena;
pero es preciso, lo exige
la sociedad y mi afrenta.
MIGUEL. Tu afrenta?
JULIAN. Seremos breves,
breves... Decision, cautela
y el más profundo sigilo.
Tú sabes por experiencia
de cuánto sirven las sombras
del misterio!! Qué nos resta?
—Salgamos.

MIGUEL. Cómo! pretendes?...
JULIAN. Silencio, silencio... (Explorando.)
MIGUEL. Espera.
JULIAN. Esa palabra no la oye
la deshonra.
MIGUEL. Que la atienda
la razon.
JULIAN. La mia á voces
grita que no me contenga.
Salgamos.
MIGUEL. Pero ántes falta...
JULIAN. Nada falta, sobran pruebas.
MIGUEL. Pues bien, no debo batirme.
JULIAN. (Reprimiéndose.)
Siempre la misma insolencia!
Dan muerte al honor y luégo
estos infames se niegan
y nos perdonan la vida
por no alterar su conciencia!
Y hay que cruzarles la cara...
MIGUEL. Julian!...
JULIAN. Y entónces se alteran.
MIGUEL. Bien está: nos batiremos.
Pague mi vida esa afrenta
imaginada; no esperes
que yo de tí me defienda.
JULIAN. Tanto mejor; morirás.
MIGUEL. Julian!
JULIAN. No esperes que tuerzan
mis vengativos impulsos
indignas estratagemas.
MIGUEL. Ciego estás.
JULIAN. Quiero matarte
con defensa ó sin defensa.
MIGUEL. Yo lo ansio.
JULIAN. Y yo lo juro
por la sangre de mis venas.
Te sigo.

ESCENA XVI.

JULIAN.

Se dirige á un secreter y saca una caja de pistolas, que examina con cierta complacencia.

Aunque estoy convulso...
me conocen... son muy buenas,
y afinan bien... Oh, veremos,
veremos si hay Providencia...
(Va á salir y D. Tadeo aparece en la puerta del fondo.)

ESCENA XVII.

JULIAN, D. TADEO.

TADEO. Julian, dónde tan de prisa?
JULIAN. Tio!
TADEO. Qué tienes? Tú tiemblas!
JULIAN. Yo, no.
TADEO. Si estás demacrado.
Y esa caja?... Qué sospecha!
Tú vas á batirte.
JULIAN. Tio...
cree usted que yo?...
TADEO. Por fuerza
vas á encontrarte en un lance
desagradable.
JULIAN. Incumbencias
que impone el deber...
TADEO. Comprendo,
eres padrino...
JULIAN. Sí... (Pausa.)
TADEO. (Con calma.) Piensa
bien lo que haces, que una vida
por miserable que sea,
importa mucho.—Discute,
razona... impon tu influencia
para evitar ese duelo.

Sí; sí, Julian: ten en cuenta
que ántes de poco esas armas
habrán muerto una existencia
y á más destrozado el pecho
quizás de una madre tierna,
quién sabe... de un padre anciano.

JULIAN. Gran Dios!

TADEO. Pensarlo me aterra.
Por lo demas, sé que á veces
la muerte es la ley suprema
del honor, y hay que arrostrarla.
Pero... en fin... si uno se esfuerza...

JULIAN. (Todo, todo se lo debo,
me libró de la miseria,
de la orfandad... me dió el nombre
de padre... Oh! Basta. Dios me alienta.)
(Reponiéndose.)
Tiene usted razon; comprendo
la espantosa trascendencia
que puede tener el lance...
y me ha asaltado una idea.

TADEO. Sepamos. (Con ansiedad.)

JULIAN. (Balbuciente.) Si yo no voy...
se difiere la contienda...

TADEO. Bravo, hijo mio.

JULIAN. Y en tanto...
los ánimos se serenan...

TADEO. Justo.

JULIAN. Y luégo .. luégo el cielo
me inspirará.

TADEO. (Con efusion.) Deja, deja
que te abrace... Si eres bueno.
Si eres un ángel.—Oh, llenas
mi corazon de alegría. (Conmovido.)
Necesitaba una prueba
de respeto, de cariño...
Qué!... lloras?

JULIAN. No, esta es la buena
impresion que me han causado
sus frases de usted... No crea
usted que yo... nada de eso...
nada, no... es una simpleza.

(Guardando la caja.)
Conque este asunto por ahora
se halla arreglado.

TADEO. Dios quiera
que pronto lo esté del todo.

JULIAN. Lo estará!

TADEO. Sin duda.

JULIAN. Ea;
y ahora vamos á otro asunto.

TADEO. Otro?

JULIAN. Sí, que me interesa.

TADEO. Entónces cosa corriente.

JULIAN. Ya ve usted de qué manera
he colmado sus deseos.

TADEO. Y tanto!

JULIAN. Sus advertencias
han sido santos mandatos
para mí.

TADEO. Dí qué deseas,
que estoy dispuesto á servirte,
hasta rodar de cabeza.

JULIAN. Palabra de honor?

TADEO. Palabra.

JULIAN. En la isla de Cuba hay guerra.

TADEO. No entiendo... (Asombrado.)

JULIAN. Acaso no soy
militar?

TADEO. Pero tú piensas?...

JULIAN. Decision irrevocable.

TADEO. Qué dices?

JULIAN. Cosa resuelta.

TADEO. Pero hombre!...

JULIAN. Mañana mismo
parto á buscar mi bandera.
Si viene usted á apoyarme
iré; si no... iré!...

TADEO. Chocheas!
Cómo he de darte mi apoyo
para una cosa como esa?

JULIAN. Conste que usted no ha cumplido
su palabra.

TADEO. Me exasperas.

Pero Julian!...

JULIAN. Vuelvo al punto.
Si usted su ayuda me presta
no he menester otro amparo;
pero si usted me la niega,
tengo heridas tan honrosas,
que me darán influencia.

TADEO. Julian, Julian, hijo mio!...
Escucha...

JULIAN. En vano me ruega.
Es un empeño de honra
y es un deber de conciencia.

ESCENA XVIII.

D. TADEO.

La culpa la tengo yo.
¿Estaría él obcecado
si yo no le hubiera hablado
de la tal campaña... No,
no se irá!... Bueno estaría!
aunque el mismo rey lo mande.
Yo buscaré quien le ablande.
Llegas á tiempo, hija mia.

ESCENA XIX.

D. TADEO, PILAR, DOÑA VIRTUDES.

VIRT. (Sentándose.)
(Con lo que Julian me ha dicho,
vamos, no estoy en mi centro.)

TADEO. Por lo grave que te encuentro
sabes sin duda el capricho
de Julian, su frenesí,
su ceguedad...

PILAR. Sólo sé
que quien duda de mi fe
pone una valla ante mí.

TADEO. Cómo!... Es posible?... Ha dudado...

PILAR. Sí!

TADEO. Qué idea!... ciertamente!...
Algun amigo imprudente
le ha dicho... Sí, le ha engañado,
no tengas duda, Pilar,
no le arguyas...

PILAR. Si le arguyo;
qué amor tan torpe es el suyo
que así se deja engañar?
Yo gustosa moriría
por Julian; pero que empañe
mi fe, mi honor!...

TADEO. No te extrañe,
amor es ciego, hija mia!
Por eso es bien que tu fe
resalte; que te comprenda
Julian; que rompas la venda
que ciega sus ojos.—Vé;
hoy calmarás sus recelos,
mañana... mañana, ah!

PILAR. Qué dice usted?

TADEO. Que estará
lejos de tu lado.

PILAR. Cielos!
Se va?

TADEO. Se va!
Huye de mí!
Oh, no... Sin verle mis ojos!
Corro á ponerme de hinojos.
Verá mi llanto...

TADEO. Sí, sí.
—Si ahora al dolor te abandonas
mañana no podrá verte.
Ya estará en Cádiz!
(Pilar se dirige á la habitacion de Julian.)

VIRT. (Como hablando consigo misma.)
Qué suerte
tienen algunas personas!
Ya va á tener compañía
Rita!

PILAR. Rita! (Retrocediendo.)

TADEO Qué?

PILAR. Dios santo!

TADEO. (Oh!... qué sospecha... Ese llanto...)
(Con vehemente dolor.)

PILAR. No es que de mí desconfia,
no es que la sospecha inflama
su corazon orgulloso,
no es que se encuentra celoso;
es que no me ama!... no me ama!
(Cayendo en los brazos de su tio. Julian aparece al mismo tiempo.)

TADEO. (Déjame á solas con él.)
(Pilar vacilante se apoya en el hombro de Doña Virtudes, y ambas vánse por una de las puertas laterales.)

ESCENA XX.

JULIAN, D. TADEO.

TADEO. Tú eres la causa del llanto
de esa infeliz.

JULIAN. Por Dios santo!
no remueva usted la hiel
que siento en mi pecho hervir.
Su llanto!... Mal me contengo!

TADEO. Tienes celos?

JULIAN. Lo que tengo
es deseos de partir.

TADEO. Por qué razon.

JULIAN. (Vacilando.) No lo sé.

TADEO. Yo sí; porque eres perjuro.

JULIAN. Oh!

TADEO. Porque un deseo impuro
ha marchitado tu fe.

JULIAN. Cada injuria, cada frase
que su labio de usted brota
es una gota... una gota!...
que hará que en mi alma rebase...

TADEO. Eso ansio.

JULIAN. Usted lo ansía?...

TADEO. Á qué el silencio y la duda?
Venga la verdad desnuda;
no tengas hipocresía.

Aquel que amaga y se esconde
es traidor... Si no te quejas
de Pilar, por qué la dejas?

JULIAN. Dios de Dios!

TADEO. Por qué, responde?
Porque en tu alma no hay virtud;
porque á otra mujer prefieres...

JULIAN. Basta, basta... usted lo quiere!

TADEO. Lo quiere tu ingratitud.

JULIAN. Mi calma llega al exceso.
Ántes de llamarme ingrato...
vea usted si ese retrato
tiene las huellas de un beso.
(Dándole el retrato que cogió á Miguel.)

TADEO. Oh!... Pilar!

JULIAN. (Rápido.) Miguel!

TADEO. Traidor!

JULIAN. Eterna será mi ausencia.
Puedo darles mi existencia.
No debo darles mi honor.

TADEO. Oh, no! que habrá quien lo impida.

JULIAN. Sólo el cielo y él me advierte,
que á ellos les falta mi muerte
y á mí me sobra la vida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala despacho en casa de Julian. Mesa de escritorio. Puerta al fondo y laterales: la de la izquierda conduce á una alcoba, la de la derecha comunica con las demas habitaciones. La escena débilmente alumbrada.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, aparece en la puerta de la izquierda con los brazos cruzados y en actitud abatida.

Imposible!... Intento vano!
no es el sueño halagador
compañero inseparable
del infortunio!... no son
las sombras plácido asilo
donde puede en su dolor,
templar el hombre las ansias
que aquí devorando estoy.
(Dirigiéndose al balcon.)
Quizás á la luz del dia
se borre la huella atroz
que en mi espíritu ha dejado
este insomnio aterrador.
(Abre el balcon y se inunda de claridad la escena.)
Qué trasparente está el cielo!
Qué hermoso!... Ese mismo sol

que ayer alumbró mi dicha
hoy alumbra mi dolor!...
Nada ha cambiado!... La vida,
la gente, la animacion,
la luz!... Todo está lo mismo,
todo, todo... ménos yo!
—Qué es esto?... Van á acusarme
mis lágrimas, mi afliccion
cuando ahora precisamente
necesito más valor?
Fuera imprudencia; tengamos
firmeza y resignacion.
La valentía del hombre,
más que en la lucha feroz
de las batallas, se prueba
en las luchas del dolor.
Triunfar en sangrientas lides
no es triunfar del corazon.
(Mirando el reloj.)
Las diez y no he recibido
la órden de marcha... no soy
impaciente y la impaciencia
me abruma.—No hay remision:
tengo que ver al ministro
en seguida... Ayer me dió
palabra de concederme...
—Qué es esto?...
(Tropezando con unas condecoraciones que lleva en la levita.)
Prendas de honor
aquí en mi pecho... y mi nombre
va á ser el ludibrio?... Oh!
Lejos de mí... que conmigo
no sois más que una irrision!
(Las arroja sobre la mesa. Poco despues suenan unos golpecitos en la puerta de la derecha.)
Quién va?

ESCENA II.

JULIAN, VIRTUDES.

VIRT. (Dentro.) Soy yo, Julianito.
JULIAN. Suplico á usted por favor...
VIRT. Abra usted, que el caso es grave.
JULIAN. Grave!
VIRT. Gravísimo.
JULIAN. No
hay remedio, tendré que oirla.
(Abre la puerta.)
Y bien?
VIRT. Loado sea Dios!
Jesús!... es usted más duro
de cabeza que el Peñon
de Gibraltar.
JULIAN. Acortemos
razones.
VIRT. Ya voy, ya voy!
Ave-María Purísima!
tenga usted más atencion.
Con los disgustos de ayer
en esta casa se entró
el diablo y no hay quien le saque...
Y cuidado que yo estoy
en ella...
JULIAN. Doña Virtudes...
VIRT. Pero dónde está el señor
don Tadeo?... dónde su hijo?
JULIAN. (Su hijo!...)
VIRT. Se fueron los dos
sin decir oxte ni moxte.
JULIAN. Señora, sin dilacion
diga usted...
VIRT. Precisamente
á eso vengo y á eso voy.
JULIAN. Qué ocurre?
VIRT. Pilar se muere.
JULIAN. (Despues de dominar su emocion.)
Tendrá esa suerte!

VIRT. Qué horror!
cómo que tendrá esa suerte?
JULIAN. Muerta la reputacion
y la virtud, qué es la vida
sino un peso abrumador!
VIRT. Vamos, ó usted no me entiende
ó yo no hablo en español.
Digo que Pilar no puede
sufrir con calma el rigor
de usted.
JULIAN. Ya!
VIRT. Toda la noche
llamando á esa habitacion,
y usted haciéndose el sueco.
Qué hombres!
JULIAN. No alce usted la voz.
VIRT. Bajándola.) Pues bien; Pilar sufre mucho
y tiene un calenturon...
JULIAN. Basta.
VIRT. No puede tenerse.
JULIAN. Será que se causa horror
á sí propia.
VIRT. No, no es eso;
es que sabe la intencion
de usted, de marcharse hoy mismo
de Madrid.
JULIAN. Es cierto, hoy
mismo!
VIRT. Y piensa que esa marcha
no la motiva ella.
JULIAN. No;
la motivan otras causas
más altas.
VIRT. Sí, la pasion...
JULIAN. La gratitud que me obliga...
VIRT. (Asombrada.) (La vecinita sacó
de quicio á este hombre.)
JULIAN. Ella sólo
será el consuelo mejor
y la mejor compañera
que tendrá mi corazon.
VIRT. Conque ella sola? (No puede

darse descaro mayor.)
Pues bien, Julian, es preciso
que tenga usted compasion.
Todos somos pecadores,
frágiles... frágiles!

JULIAN. Oh,
basta de inútiles quejas,
que el tiempo vuela veloz
y cada instante que pasa
aumenta mi indignacion.
Una mujer me ha robado
la joya de más valor
que tenía, y usted quiere
que la otorgue mi perdon,
y me habla usted de su vida
y de su fiebre?...

VIRT. Es atroz,
intensa.

JULIAN. (Irritado.) Pues bien, señora;
muerta la vería yo
aquí á mis piés y vería
muertos mi vida y mi honor,
y al contemplar su cadáver
yerto á mis plantas, mi voz
tendría en vez de lamentos
palabras de maldicion...

VIRT. Julian!

JULIAN. (Como asustado de sí mismo.)
No, no, si esto ha sido
un acceso de furor
que en mi pecho ha despertado
esa extraña pretension
de usted.

VIRT. (Yo no sé qué tiene
su aspecto de aterrador.)

JULIAN. No crea usted que yo ansío
hallarme en tal situacion.
(Irritándose de nuevo.)
Pero si usted ha pensado
y si ella acaso pensó
que el peligro de su vida
puede calmar el furor

que ha despertado en mi alma
su infame y torpe traicion,
se equivocan... Si sucumbe
y muere... ampárela Dios! (Transicion.)
Esto no obstante... usted debe
consolarla en su dolor!

VIRT. Pues no faltaba otra cosa!
Piensa usted que todos son
como usted... Yo soy un ángel,
y eso que no me gustó
nunca alabarme.

JULIAN. Señora!...
(Cogiendo un pliego cerrado de encima de la mesa.)
Tome usted!...

VIRT. Qué es esto?...

JULIAN. Un pliego.

VIRT. Para ella?

JULIAN. (Conmovido.) Mi último adios!

ESCENA III.

VIRTUDES.

Cualquiera al verle diria
que es el pobrecito un Job.
Él se queja de la otra
y la otra de él... y en razon
si ella me parece mala,
él me parece peor.
Jesús!... y cómo está el mundo!...
Qué farsa!... cuánta ficcion!
Y luégo, yo, tengo escrúpulos
por todo... y me da terror
cualquier pequeñez y siento
recelos... Válgame Dios!...
Convéncete, Virtuditas,
no creas que es presuncion,
tú eres muy buena, muy buena,
como tú no existen dos.

ESCENA IV.

VIRTUDES, PILAR.

PILAR. (Deteniéndose en el umbral de la puerta de la derecha.)
Dios mio!
VIRT. Pilar!...
PILAR. Se fué?...
VIRT. Se fué!...
PILAR. (Avalanzándose á la puerta del fondo.)
Oh, no!
VIRT. (Deteniéndola.) Habrá que dejarle
que se vaya... y olvidarle;
clarito, olvidarle; y qué?
Á qué darse á Belcebú?
Á qué exhalar tanta queja?
Quién es aquí el que se aleja,
es él, Pilar, ó eres tú?
PILAR. Él.
VIRT. Pues él es el culpable.
PILAR. Si no lo puedo creer!
Yo necesito saber
de una manera indudable...
VIRT. Que es suya la inconsecuencia?
PILAR. Que á otro amor mi amor prefiere.
VIRT. (Nada, no hay más, esta quiere
tranquilizar su conciencia.)
Pues bien, Pilar, yo soy lista,
veo mucho y cazo mucho,
y aunque Julian es muy ducho,
si yo le sigo la pista...
PILAR. Podrá usted averiguar
si es cierto?...
VIRT. No he de poder?
Ahora mismo voy á oler,
es decir voy á husmear...
si lleva ó no compañía,
y lo sabré Dios mediante.
PILAR. Sí, vaya usted al instante,
quiero apurar mi agonía. (Deteniéndola.)

Por última vez, señora...
Vea usted mi ardiente anhelo,
deshaga usted, sin recelo,
esta sombra aterradora,
este misterio profundo
que me abruma desde ayer
y que me hace la mujer
más desgraciada del mundo.
Aunque está de manifiesto,
la verdad, yo estoy confusa.
¿No ha inventado alguna excusa?
no ha inventado algun pretexto
Julian, ántes de partir?
Hable usted...

VIRT. (Qué voy á hablar?
Era preciso sacar
sus trapos á relucir,
y va á formarme un proceso.)
Hija, yo soy muy prudente,
y vamos... yo... francamente...
yo te quiero con exceso,
y eso de ofenderte...

PILAR. (Altiva.) Quién?
usted?... Y por qué motivo?

VIRT. De un modo más expresivo
lo dirá esta carta. Ten.

PILAR. Su letra. (Abre la carta y lee.)

VIRT. (Sarcástica.) (Qué honda raiz
tiene en el pecho su amor!
Julian es un gran actor
y ella una eminente actriz.
No hay cuidado que ella le abra
el corazon á una amiga;
no hay cuidado que ella diga
del primo ni una palabra.
Todos se vuelven recelos.
—Ingrata!) (Váse.)

ESCENA V.

PILAR.

Qué dice aquí?
que Julian me lega á mí
toda su fortuna?... cielos!
Que me da su perdon?... Oh!
Esto ya es inaguantable.
Perdon se otorga al culpable,
pero al inocente, no.
—Tio!...

ESCENA VI.

D. TADEO, PILAR.

TADEO. Cuán desconocida
te encuentro, Pilar!
PILAR. Lo sé,
no extrañe usted si me ve
tan pálida y abatida!
Cuando el acerbo dolor
agota el raudal del llanto,
huye del alma el encanto
y del semblante el color.
Lea usted. (Dándole la carta.)
TADEO. (Leyendo.) De Julian?—Oh!
no ha calmado sus enojos?
PILAR. Pregunte usted á mis ojos,
ellos dirán más que yo.
Al dintel de su aposento,
toda la noche despierta,
en vano, más que á la puerta,
llamaba á su sentimiento.
Sordo á mi triste amargura!
TADEO. (Sobresaltado.)
Luego las causas ignoras?...
Tú no sabes?...
PILAR. Nada.
TADEO. (Hay horas

que son siglos de tortura!)

PILAR. Miento: no ignoro el desden
de Julian; sé que hoy me deja,
y sé que de mí se aleja
otra persona tambien.

TADEO. Rita?

PILAR. Sí.

TADEO. Basta de engaño.

PILAR. Oh!

TADEO. Y esa vieja, esa arpía,
no te ha contado, hija mia,
la verdad?... No, no lo extraño;
su lengua, que es una flecha,
siempre hiere sin piedad,
y hoy!... Ni por casualidad
hace una cosa bien hecha.

PILAR. Por más que la interrogué...

TADEO. Si por doblez ó capricho
esa mujer no te ha dicho
la verdad, yo la diré.
Calma, pues, tu agitacion.

PILAR. Tio!

TADEO. Rita no es traidora,
y tu marido te adora
con todo su corazon.

PILAR. Cómo!... Qué?... Dios de bondad!

TADEO. Él es testigo.

PILAR. Qué escucho?
Pero si yo le amo mucho
por qué no ha de ser verdad? (Transicion.)
Ah... ¿mas si Julian me adora,
su insulto de ayer no ha sido
como había presumido
una asechanza traidora,
una trama indigna de él?
Si me ama con frenesí
yo soy entónces aquí
la deshonrada, la infiel?

TADEO. La infiel!

PILAR. (Con energía.) Oh, no... Dios me escuda!
Yo ante el deber nunca cedo;
de mí tolerar no puedo

ni la sombra de la duda.
Podrá mi pecho en su afan
destrozarse en mil pedazos
al sentir rotos los lazos
que me unian á Julian;
pero por él y por mí
yo probaré hasta el exceso
que sé conservar ileso
su nombre, que llevo aquí.
La mujer que estima en más
que la existencia el honor,
transige con el dolor,
con la deshonra, jamás.

TADEO. Pilar!

PILAR. Quién es ese hombre?
ese amante misterioso
que ha turbado mi reposo,
mi dicha? Pronto, su nombre.
Sépalo sin dilacion
para demostrarle la ira
y el desprecio que me inspira.

TADEO. Desprecio, no! compasion.

PILAR. Odio eterno.

TADEO. No será...

PILAR. Hable usted.

TADEO. Calma tu enojo...
y evita á un padre el sonrojo...

PILAR. Cielos!... Miguel?

TADEO. Miguel!

PILAR. Ah!

ESCENA VII.

DICHOS, JULIAN.

JULIAN. (Con sarcasmo, mirando de hito en hito á Pilar.)
(Ella aquí!—Cuál se contrista
y llora! Un ángel parece,
un ángel que se enrojece
y hunde en el suelo la vista!
Cualquiera al verla llorar
diría que es un portento

de virtud!... Yo mismo siento...
siento... no me sé explicar...
no atino con la expresion...
y es porque el lenguaje humano
no ha penetrado ese arcano
que se llama corazon!)
(Dirigiéndose á D. Tadeo, siempre convulsivo y sarcástico.)
Usted con tierno cariño
y desusada piedad
me arrancó de la orfandad
siendo pobre y siendo niño.
Yo en premio á tanta virtud
llevo aquí mortal herida.
Qué más que el alma y la vida
puede dar la gratitud?

TADEO. Julian!

JULIAN. Ninguna hay que irradie
más alto.

TADEO. Y bien?

JULIAN. Que he aprendido
á ser hombre agradecido,
no á ser juguete de nadie.

TADEO. Eso es decir? ..

JULIAN. Sin rodeos,
que usted temiendo un fracaso
pretende salirme al paso
para torcer mis deseos,
sin ver que es hoy mi albedrío
como torrente impetuoso,
que no hay dique poderoso
que lo contenga.

PILAR. (Dios mio!)

TADEO. (Con calma.) No saldré á tu paso!

PILAR. (Rápido.) Sí.

JULIAN. Fuera empeño temerario!

TADEO. Pero ántes es necesario
que al partir lejos de aquí
sepas que mienten tus celos:
que dejas abandonada
á una mujer que es honrada.

JULIAN. Honrada!... Viven los cielos!

TADEO. Honrada, sí!
PILAR. Dios lo ve!
TADEO. Mal que pese á tu despecho,
quién te ha dado á tí derecho
para dudar de mi fe?
Honrada!... lo afirmo yo.
Tu madre es testigo de ello.
(Cogiendo á Pilar de la mano.)
Ve impreso en su frente el sello
que su inociencia grabó.
JULIAN. Yo sólo veo el engaño.
PILAR. Julian, de esa suerte no hables.
JULIAN. El crímen de los culpables...
TADEO. Culpables?... Oh, no, no extraño
que no veas su inociencia
ni la virtud de los dos.
Siempre se está viendo á Dios
y hay quien niega su existencia.
JULIAN. Tio... con vanas razones
pretende usted arrogante
reanimar en este instante
mis marchitas ilusiones.
Si una mujer... más leal
que el amor de esa mujer,
á tiempo me hizo entrever
el crímen...
PILAR. Yo criminal?
JULIAN Si tengo una prueba horrible
de la traicion de la aleve,
quién en el mundo se atreve
á convencerme?... Imposible!
Ante falta tan enorme
no sirven razonamientos...
Yo cumpliré mis intentos...
—Qué me importa mi uniforme
ni la influencia empleada
por usted...
TADEO. Julian, reporta
tu lenguaje...
JULIAN. Qué me importa
ya nada en el mundo... nada!
Para librarme de mí,

para ir á lejana tierra
no he menester de la guerra,
que harta guerra siento aquí.
Si entre el furor y el deber
incesantemente lucho,
qué me importa!...—Nada escucho.
Yo sé lo que debo hacer.
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

PILAR, D. TADEO.

PILAR. Julian!...
TADEO. Calma tu afliccion!
PILAR. Estas horas son supremas;
es preciso...
TADEO. Nada temas...
Él volverá á la razon.

ESCENA IX.

DICHOS, VIRTUDES.

VIRT. (Con aire de triunfo.)
Cayó el pez en la remanga...
Si á mí no me engaña nadie!
Bajé á preguntar por Rita,
y acababa de marcharse
á la estacion... Tomé el tole,
y al atravesar la calle
de Alcalá, veo á lo lejos
á la amiga y al *adlátere*.
PILAR Á quién, á Julian? (Con asombro.)
VIRT. Al mismo
que viste y calza.—El tunante
iba convertido en X,
y haciendo unos ademanes...
que ya ya!... Visto lo visto
no quise seguir, y á escape
he venido á referirte
el suceso, y á calmarte...

PILAR. Pero usted le vió la cara?...
VIRT. Yo he visto al acompañante
y es suficiente.
PILAR. Es posible!
VIRT. La pregunta tiene lances.
PILAR. Julian?...
VIRT. Julian á estas horas
está camino de Cádiz.
TADEO. Hola!...
VIRT. Por cierto que al verle
hice intencion de gritarle...
para que viera que estábamos
enterados de su viaje.
Eh, Julian!... Julian .. (Alzando la voz.)

ESCENA X.

DICHOS, JULIAN.

JULIAN. Señora
qué se le ofrece á usted?
VIRT. (Diantre!) (Pausa.)
JULIAN. Se ha quedado usted suspensa.
TADEO. No... si no es nada... adelante.
siga usted, doña Virtudes;
decía usted que el pillastre
de Julian se habia ido
con Rita...
JULIAN. Con Rita?
VIRT. (Trágame,
tierra.)
TADEO. Sí, con tu querida.
JULIAN. Oh!
TADEO. Eso estaba contándole
á Pilar.
JULIAN. Y usted se atreve
de ese modo á calumniarme?
TADEO. Hombre, dices unas cosas
de las amigas leales...
JULIAN. Es una torpe mentira.
TADEO. Pero olvidas las verdades
que te ha dicho? Por ejemplo,

que era mi hijo el amante
de Pilar.

PILAR. Cómo!... es posible?
usted ha dicho?... (Habrá infame!)

VIRT. No es cierto.

JULIAN. Capaz sería
usted de negarlo?

PILAR. Hable,
hable usted, señora; dónde,
cuándo y cómo he dado márgen
para que usted me mancille?

JULIAN. Qué indicios ni qué señales
tiene usted para ofenderme?

PILAR. Responda usted sin ambajes.

JULIAN. Conteste usted.

VIRT. (Pues señor,
estos se llaman percances.)
Yo no he dicho nada de eso;
nada que pueda ultrajarles.
Yo sólo he lanzado algunas
palabras sueltas al aire!

TADEO. Dice bien: y eso qué importa?
Son ustedes suspicaces
en extremo; unas palabras
sueltas pueden escaparse
á cualquiera.

VIRT. Justamente,
á cualquiera.

TADEO. Yo ayer tarde,
sin ir más lejos, hallé
á un infeliz muerto de hambre...
al sobrino del difunto,
y por unas cuantas frases
que le dije, ha descubierto
que los inmensos caudales
que usted disfruta son suyos,
y hoy mismo va á presentarse
á pedir el testamento
y á descubrir cierto enjuague...

VIRT. Don Tadeo!... Cielo santo!...
Usted?...

TADEO. No hay que amilanarse,

yo sólo he vertido algunas
palabras sueltas.

VIRT. Qué lance
tan inesperado... Cielos!
Me voy... me voy al instante,
yo tengo que ver si es cierto...
Ay! yo voy á desmayarme.

TADEO. (Con voz reconcentrada.)
No se mata con un tósigo,
no se mata con puñales,
se mata con un concepto,
se hiere con una frase.

VIRT. Las de usted para mí han sido
las mordeduras de un áspid.
Me voy... me voy... Dios bendito...
No se por donde escaparme.

ESCENA XI.

TADEO, PILAR, JULIAN.

TADEO. (Acercándose á Julian; con voz reposada.)
Si á oir la razon te aprestas,
la razon te ha de enseñar
que la virtud de Pilar
no ha menester de protestas.

JULIAN. Cómo no?

TADEO. Si tú supones
que le es dado á la mujer
adivinar... comprender
las más ocultas pasiones;
alza un altar en su honor
y humíllate ante sus aras,
porque entónces la comparas
con el Supremo Hacedor.

JULIAN. Pero ella...

TADEO. Lo que haces mira:
la mujer tal vez se afrenta
cuando una pasion alienta,
pero no cuando la inspira.

JULIAN. Oh!...

TADEO. Vé que al dudar de mí

tú mismo vas á ofenderte.

JULIAN. No, que prefiero la muerte
al dolor que siento aquí.
Basta de vanos temores,
basta de lucha y de afan...
(Acercándose á Pilar.)
Me guardas rencor?

PILAR. Julian,
mi amor no tiene rencores.

JULIAN. Perdona si te ultrajé
de una manera sañuda...
Dudé!

PILAR. Bendita la duda,
que al fin conduce á la fé.

JULIAN. (Con amargura.)
Ya puedo partir tranquilo!

TADEO. Qué dices...

PILAR. Vírgen María!
es que dudas todavía
de mi amor?... Qué sientes? Dilo,
habla... me estás ofendiendo.

JULIAN. No es eso... (Debo marchar!
yo no puedo respirar
donde él respira...)

TADEO. Comprendo!

JULIAN. Seré á tu recuerdo fiel;
pero debo partir...

ESCENA XII.

DICHOS, MIGUEL.

MIGUEL. No,
quien debe partir soy yo.

PILAR. (Rápido y con alegría.)
Sí, Julian... es él!

TADEO. (Con firmeza y amargura.) Es él!

JULIAN. Él!... (Qué extraña sensacion
siento á su presencia?)

TADEO. (Resentido.) Advierte
que quien obra de esa suerte
merece tu compasion.

JULIAN. Tio!

TADEO. (Con energía.) El que así se presenta
á su conciencia responde;
no es el crímen que se esconde,
es la virtud que se ostenta.

MIGUEL. Padre!

JULIAN. Por eso no es bien
que usted turbe su reposo
con esa ausencia.

TADEO. (Con energía.) Es forzoso!...
Él lo quiere y yo tambien.

JULIAN. Mas...

TADEO. (Cogiéndole de un brazo.)
(No estará de regreso
ni le verás... insensato!
mientras en este retrato
se hallen las huellas de un beso.)
Hijo.

MIGUEL. (Con voz apagada.)
Indigno de perdon
soy... mas en usted confio.

TADEO. (Besándole con avidez.)
Hijo!... hijo mio!... hijo mio!
no rompas mi corazon.
Tus lágrimas te redimen
de la culpa cometida.
Tú eres mi encanto y mi vida.

MIGUEL. Padre... mi amor es un crímen.

TADEO. Procura desvanecer
esas ideas fatales;
no hay amores criminales
cuando se saben vencer.

MIGUEL. Lucharé en bien de los dos
y volveré victorioso.
(Dirigiéndose á Julian con voz segura.)
Adios, Julian... sé dichoso!

JULIAN. Oh!
(Tendiéndole una mano y ocultándose con la otra el rostro.)

MIGUEL. (Balbuciente.) Pilar... adios!

PILAR. (Tranquila y con voz dulce.) Adios!
(Váse Miguel. Pilar y Julian, cada uno en un lado

de la escena, se quedan abismados. D. Tadeo dominado por el dolor, se apoya en un mueble; despues se oculta el rostro entre las manos y prorrumpe en sollozos.—Pausa.)

ESCENA ÚLTIMA.

JULIAN, TADEO, PILAR.

Pilar y Julian se dirigen solícitos á D Tadeo.

JULIAN y PILAR. Tio!
TADEO. Presumís quizá
que me agobia el sentimiento?
Yo tengo el convencimiento
de que Miguel volverá.
Esta ausencia... es transitoria.
Él calmará su delirio,
y en vez de hallar el martirio...
quizás alcance la gloria
que tanto y tanto soñó...
Vosotros me prestareis
vuestros consuelos... sereis!...
PILAR. Qué somos Julian y yo
sino hijos de usted?
JULIAN. Quizás
no somos dignos?...
TADEO. Qué escucho?
PILAR. Si ayer le amábamos mucho
hoy le amamos mucho más.
No es cierto, Julian?
JULIAN. Oh, sí.
TADEO. Bien haya vuestra ternura!...
No sabeis cuánta ventura
estais derramando aquí.
JULIAN. Tras la tormenta traidora
nace el sol de la alegría.
PILAR. Y tras la noche sombría
nace risueña la aurora.
TADEO. (Con entereza.)
Bien decís! Si es la expresion

de la envidia y del despecho
áspid que clava en el pecho
su venenoso aguijon,
contra esa espresion mezquina
tienen la fe y la inocencia
la calma de la conciencia
y la justicia divina.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS

DE

DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

MODESTIA Y VANIDAD.....	Comedia en tres actos y en verso.
UNA VICTIMA DE AMOR.....	Comedia en un acto y en verso.
DON TOMÁS II.....	Comedia (hasta cierto punto) en un acto y en verso.
OTRO DIABLO COJUELO [1].....	Revista en un acto y en verso.
LOS CELOS DE UNA VIEJA.....	Comedia en un acto y en verso. (Segunda edicion.)
LAS QUINTAS.....	Drama en dos actos y en verso. (Segunda edicion.)
EL CENTRO DE GRAVEDAD....	Comedia en tres actos y en verso.
LOS AGUINALDOS.....	Comedia en un acto y en verso.
ENTRE PINTO Y VALDEMORO..	Comedia en un acto y en prosa.
LA BELTRANEJA [2].....	Drama en tres actos y en verso. (Segunda edicion.)
EL MIOPE.....	Juguete en un acto y en prosa.
LAS COLEGIALAS DE PUERTO REAL [2].....	Opera cómica en tres actos y en verso.
DOÑA MARÍA CORONEL [2].....	Drama en tres actos y en verso.
VETURIA.....	Tragedia en un acto y en verso.
EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE [2].....	Zarzuela en tres actos y en verso.
LA RAZON DE LA FUERZA [2]...	Comedia en tses actos y en verso.
SEGISMUNDO [2].....	Drama en tres actos y en verso.
PALABRAS SUELTAS.....	Comedia en tres actos y en verso.

---

1 En colaboracion con D. Fernando del Pozo.

2 Con el Ilmo. Sr. D. Francisco Luis de Retes.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de *El Garbanzo*, calle del Arenal, de *Durán*, Carrera de San Jerónimo, y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacomatrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.